

para hacer participar á los salvajes de los beneficios de la religion y la civilizacion. Que Dios recompense tus nobles y penosos sacrificios, porque los hombres son impotentes para recompensarlos, y además, tú no aspiras á premio alguno en este mundo.

La casa del tío Apait era mas elegante que el humilde presbiterio de Brelum, cubierto de yerbas secas, con paredes de caña y pavimento de tierra; pero fui recibido como amigo.

## XV.

Tres meses de permanencia entre los salvajes stiengs.—Costumbres de aquella tribu.—Productos del pais.—Fauna.—Costumbres de los anamitas.

A cosa de tres meses despues me hallé en medio de los salvajes stiengs, en el seno de los bosques y entre animales salvajes de todas las especies, y vivimos casi como dentro de una plaza fuerte sitiada. A cada instante temíamos un ataque del enemigo, por lo que teníamos constantemente cargadas las escopetas; pero muchos animales penetraban en la plaza arastrándose por entre las yerbas y llegaban hasta debajo de nuestras cubiertas. Aquellos bosques están infestados de elefantes, búfalos, rinocerontes, tigres y jabalíes; alrededor de los pantanos la tierra está cubierta de sus huellas; no se puede sin oírles avanzar algunos pasos en la profundidad de las selvas; pero generalmente huyen todos á la aproximacion del hombre, y es menester para tirarles ponerse de acecho cerca de los parajes á que van habitualmente para beber, apostándose encima de un árbol ó dentro de un tolo de maleza. Los alacranes, los centípedos y sobre todo las serpientes, eran los enemigos que matábamos y contra los cuales era menester tomar las mayores precauciones, asi como los mosquitos y las sanguijuelas eran los mas incómodos y encarnizados. Durante la estacion de las lluvias especialmente, ninguna vigilancia puede parecer excesiva, pues es fácil, lo mismo al levantarse que al acostarse, poner el pie ó la mano encima de algun reptil venenoso de los mas peligrosos. Algunos he muerto yo en la casa, ya de un tiro, ya de un hachazo. Mientras escribo estas líneas me veo en la precision de tener ojo alerta, porque me temo ver reaparecer uno que he perseguido esta tarde, y que ha huido sin morderme. De cuando en cuando me interrumpo tambien para oír el rugido de un tigre que está rondando nuestra morada, acechando los cerdos por entre su pocilga formada de tablas y de bambúes, mientras hácia otro lado llama mi atencion el ruido que mete un rinoceronte haciendo trizas los bambúes que se oponen á su paso, para venir á devorar los cambrones que cercan nuestro jardin.

Los salvajes stiengs que habitan este pais nacen

probablemente del mismo tronco que las tribus de las mesetas y montañas que separan los reinos de Siam y Cambodge del de Anam, desde los 11° de latitud Norte hasta mas allá del 16°, entre los 104 y 106° 20' de longitud oriental del meridiano de París. Forman tantas comunidades cuantos son los lugarejos, y parecen ser de una raza muy distinta de la de todos los pueblos que les rodean. Yo al menos les considero los aborígenes ó primeros habitantes del pais que habrán sido rechazados hasta las localidades que ocupan actualmente por las invasiones sucesivas de los tibetanos que se han esparcido por el Laos, el Siam y el Cambodge, etc. No he podido descubrir ninguna tradicion contraria.

Aquellos salvajes se hallan tan pegados ó sus bosques y á sus montañas, que para ellos irse á otra parte es casi morir, y los que son conducidos esclavos á las comarcas vecinas, enferman, y no omiten medio alguno de evasion, consiguiéndola con mucha frecuencia.

Los stiengs han parecido siempre terribles á sus vecinos, y el miedo que inspiran ha hecho que en el Anam y el Cambodge se exagerase su estrema destreza para el tiro de ballesta y la *malaria* de sus bosques. La verdad es que las calenturas reinan allí de una manera terrible, que han quitado la vida á muchos anamitas y cambodgianos, y hasta se me ha asegurado que yo soy el único extranjero que habiendo llegado hasta allí no ha caído enfermo.

El stieng ama la sombra y la profundidad de los bosques. Vive, si así puede decirse, con los animales salvajes; no abre ningun camino, y encuentra mas cómodo y mas fácil pasar por debajo de las ramas de los árboles que cortarlas. Por lo demás, si está muy aferrado á su *pais de arriba*, como él le llama, profesa muy poco afecto al lugar en que ha nacido, pues por poco que le importune la vecindad ó como muera uno de los suyos de calentura en un punto, levanta su campo, carga con su canasta á cuestas, mete en ella sin orden ni concierto sus calabazas y sus hijos, y se establece en otra parte; no le falta terreno, y el bosque por cualquier lado se parece.

Pudiéramos decir que aquellas puebladas son del todo independientes. Sin embargo, los cambodgianos por un lado, y por otro los laotianos y anamitas, sacan de ellas lo que pueden, y cobran arbitrariamente en las aldeas que tienen cercanas un tributo de cera y arroz que se paga cada tres años. El rey de Cambodge tiene sobre todo muchos deseos de tratar á los stiengs como á los siameses, á fin de poblar algunas de sus provincias desiertas.

Una de las tres sacramentales palabras inscritas en 1848 en los edificios públicos de Francia, es la divisa de los stiengs no obstante la esclavitud, y la ponen en práctica. Nosotros nos servimos de la palabra y

ellos del hecho. Cuando hay abundancia en la casa de uno, goza de ella toda la tribu; pero tambien cuando hay hambre, lo que es muy comun, lo que no se encuentra en la casa de uno tampoco se encuentra en la del otro.

Los stiengs trabajan el hierro admirablemente, y tambien el marfil. Algunas tribus del Norte tienen fama hasta en Anam para la fabricacion de sables y hachas. Los vasos de que se sirven son groseros, pero los deben á su industria propia, y sus mujeres tejen y tiñen todos los trages con que se cubren.

Por último, á mas del cultivo del arroz, del maiz y del tabaco, é igualmente de las legumbres y hortaliza, calabazas, sandías, etc., se dedican al de los árboles frutales, tales como plátanos, mangos y naranjos. Esceptuando algunos esclavos, cada individuo tiene su campo, siempre á mucha distancia del lugar, y lo cuida con mucho esmero. En aquel campo, agazapado dentro de una covacha levantada sobre estacas, pasa toda la estacion de las lluvias, en la cual el mal tiempo y las sanguijuelas, que pululan allí como en los bosques de Siam de una manera prodigiosa, le impiden dedicarse á la caza y á la pesca.

Su manera de preparar un campo de arroz se diferencia mucho de la que emplean nuestros labradores para un campo de trigo ó de avena. No bien empiezan á caer las primeras lluvias, el salvaje escoge un sitio y terreno convenientes y de una estension proporcionada á sus necesidades, ocupándose en seguida del desmonte. Este trabajo para un europeo seria muy rudo, pero no lo es para un salvaje. Con su alcotana, que tiene por mango una caña de bambú, en algunos dias echa abajo un monte bravo poblado de bambúes en un espacio de 150 metros cuadrados, y si encuentra árboles demasiado corpulentos para cortarlos, los deja allí mismo, y al cabo de algunos dias, cuando el bosque está casi seco, le prende fuego, con lo que el campo queda á la vez abierto y abonado. En cuanto á las raíces, no se ocupa de ellas; en aquella tierra vírgen no se trata mas que de sembrar. Nuestro hombre coge dos largos bambúes que tiende por en medio de su campo á manera de cuerda para medir; despues, con un palo en cada mano, sigue la línea golpeando á derecha é izquierda para hacer de trecho en trecho agujeros de 1 á 1 1/2 pulgada de profundidad. Aquí concluye el trabajo del hombre, y la mujer se encarga de todo lo restante. Medio agachada, sigue la especie de surco trazado por su marido, coge un puñado de arroz de un cesto que lleva colgado al lado izquierdo y vierte los granos dentro de los agujeros con rapidez y al mismo tiempo con tal acierto, que rara vez queda uno solo á descubierto.

En algunas horas se encuentra concluida la faena, pues no hay necesidad de rastrillar como no la hubo

de arar. La naturaleza es una buena madre que enviará dentro de poco algunos fuertes chubascos que, lavando el terreno, cubrirán los granos. Entonces el propietario se establece en su casa, y desde allí fumando un cigarro hecho de tabaco liado en una hoja cualquiera, dispara algunas flechas á los jabalíes, á los monos y á los cervatillos, y se divierte en tirar de cuando en cuando de una cuerda formada de junquillos que hace bambonear dos bambúes colocados en medio del campo ó en el estremo de una pértiga encima de su choza, de modo que choquen entre sí al menor movimiento para que con el ruido asusten á las palomas y papagayos, los cuales, sin este espantajo, se comerían toda la siembra. A últimos de octubre es la siega.

Generalmente dos meses antes de las cosechas se hacen sentir la miseria y el hambre. Mientras queda algo que comer, se trafica y se hacen francachelas, sin pensar jamás en mañana, y todo se reparte entre todos; pero cuando llega el hambre, se reducen á una serpiente, sapos, murciélagos, que se cogen en gran número en el hueco de los viejos bambúes, y despues roen algunos granos de maiz, tallos de bambú, tubérculos del bosque y otros productos espontáneos de la tierra.

En el pais de los stiengs se encuentran, aunque en corto número, todos los animales domésticos de las comarcas vecinas, tales como bueyes, cerdos, gallinas, patos, etc. Los elefantes son allí raros, al paso que mas al Norte, en la tribu de los benamos, no hay, segun se dice, aldea alguna que no posea cierto número de ellos.

Las fiestas empiezan despues de la siega y cuando se ha amontonado el arroz en medio del campo, formando prolongadas pilas de donde todas las mañanas sacan el que necesitan para el consumo del dia.

Una aldea convida á la otra y segun su riqueza, mata con frecuencia hasta diez bueyes. Todo debe desaparecer antes de separarse unos de otros; dia y noche se bebe y se come al son del tam-tam chino, del tamboril y del canto. El exceso despues de largas privaciones acarrea enfermedades. Las mas comunes entre ellos son la sarna y ciertas afecciones cutáneas y vergonzosas. Algunas proceden de la falta de sal, cuando no pueden procurársela.

Para todos los males internos, tales como dolor de estómago, de corazon, etc., el remedio general es, como en Cambodge, un hierro enrojado al fuego que se aplica sobre el hueco del estómago. Hay pocos hombres que en esta parte del cuerpo no ostenten numerosas cicatrices.

Aquellos salvajes conocen varios remedios sacados de los simples. No vendan nunca ninguna llaga ni herida; se esponen al sol con úlceras profundas que no obstante se les curan generalmente. Parecen exen-

tos de la lepra, tan comun entre los chinos. Son mucho mas limpios que estos, pues se bañan en todos los tiempos, y por lo comun tres veces al dia.

El stieng no tiene facciones mas parecidas á las del cambodgiano que á las del anamita. Como éste, lleva sin embargo la cabellera larga, formando moño, pero sujeta mas abajo por medio de una peineta de bambú, y pasa por ella con frecuencia para adorno

un alambre dorado que tiene encima una cresta de faisán. Su estatura es algo mas que mediana; sin ser fuerte es de una apariencia robusta y está bien proporcionado. Sus facciones son generalmente regulares; cejas espesas y una barba que es bastante poblada cuando no se arranca los pelos de las mejillas le dan un aspecto grave y sombrío.

Su frente, generalmente bien desarrollada, anuncia



Labor y siembra entre los salvajes stiengs.

una grande inteligencia que es efectivamente muy superior á la del cambodgiano. Sus costumbres son hospitalarias, y el extranjero está siempre seguro de ser bien recibido y hasta muy agasajado. Cuando llega uno, se mata un cerdo ó se echa una gallina en el puchero y se bebe vino. Este no se bebe en copas ni en vasos, sino que se chupa en un gran jarro por medio de un tubo de bambú. Se estrae del arroz fermentado, pero muy rara vez destilado. Cuando se ofrece á un forastero el tubo de bambú, es una gran falta de urbanidad el rehusarlo, y mas de una vez se ha castigado con un navajazo. La misma costumbre quiere que se coma todo el pedazo que se da á cada cual al repartirse la comida.

Todo su traje se reduce á una larga banda que cuando se halla puesta no parece que tenga de ancho mas que 2 pulgadas. Yo les he sorprendido muchas veces en sus cabañas enteramente desnudos, pero se tapaban apenas me veian.

Dejan á los esclavos la mayor libertad, y nunca imponen á un hombre pena alguna corporal. El que

comete un robo queda condenado á matar un cerdo ó un buey y á dar uno ó mas jarros de vino. Todo el lugar toma parte en el festin, y cuando el individuo no se somete á la sentencia, su deuda aumenta con prontitud, y no tarda en ascender á quince ó veinte búfalos: entonces es vendido como esclavo.

Los stiengs no tienen sacerdotes ni templos. Reconocen sin embargo la existencia de un ser supremo, de quien hacen depender todo el bien y todo el mal. Le llaman *Brá*, y le invocan en todas las circunstancias. Los matrimonios se celebran delante de los jefes de la tribu y están siempre acompañados de regocijos.

Los funerales se hacen solemnemente. A ellos asiste todo el lugar, quedándose solo en la casa los mas próximos parientes del difunto. Todos los asistentes, estén ó no tristes, lanzan gritos lamentables. Los muertos son enterrados junto á sus moradas, se cubre la tumba con un pequeño techo de hojas, depositando en ella calabazas llenas de agua, flechas, algunas veces arcos, y todos los dias un individuo de la familia



Vista de Batambang.

siembra allí algunos granos de arroz, á fin de que el difunto pueda alimentarse y seguir viviendo como en otro tiempo. Bajo este aspecto, tienen las mismas costumbres que los chinos. Antes de cada comida, tienen cuidado de echar al suelo un poco de arroz para alimentar el alma de sus antepasados, y los mismos pequeños sacrificios consuman en sus campos y en los senderos que otras veces frecuentaban. En el extremo de un largo bambú clavado en el suelo suspenden penachos arrancados á las cañas; mas abajo colocan algunos bambúes pequeños que contienen algunas gotas de agua y de vino, y por último, en un enrejado que se levanta encima del suelo dejan un poco de tierra, clavan una flecha, y echan algunos granos de arroz cocido, un hueso, un poco de tabaco y una hoja.

Segun sus creencias, los animales tienen tambien una alma que continúa errante despues de la muerte, y así es que cuando matan alguno, temiendo que su alma los venga á atormentar, le piden perdón por el mal que le han causado y le ofrecen pequeños sacrificios proporcionados á la fuerza y al tamaño del animal. Si es un elefante, la ceremonia es pomposa: se tejen coronas para adornar su cabeza; el tam-tam, el tamboril y los cantos resuenan por espacio de cinco dias consecutivos. Toda la gente del lugar, convocada á son de trompeta, acude y toma parte en la fiesta, y tiene derecho á un pedazo.

Los stiengs ahuman la carne de los animales que quieren conservar mucho tiempo; pero como ordinariamente todos los que ellos matan ó cazan se comen en el mismo terreno en dos ó tres dias, se contentan con asarlos enteros y sin desollar, y mas adelante los hacen pedazos y los cuecen en el hueco de un bambú verde ó encima de las ascuas.

Es raro encontrar un salvaje que no tenga su ballesta en la mano, su cuchillo en el hombro y una cajita en la espalda, que le sirve de morral y de carcax.

La caza y la pesca ocupan todo el tiempo que el campo no reclama. Son infatigables para correr, y se deslizan por entre la maleza mas espesa con la velocidad del ciervo. Son vivos y ligeros, y sobrellevan la fatiga como si no la sintiesen; las mujeres parecen tan ágiles y tan robustas como los hombres. Sus ballestas tienen mucha fuerza, y se sirven de ellas muy diestramente, pero muy rara vez á una distancia de mas de 50 pasos. El veneno con que emponzoñan sus flechas para la caza de los grandes animales es de una actividad muy rápida cuando se usa recientemente. Si el animal, sea elefante, rinoceronte ó tigre, ha sido herido de modo que el veneno se haya comunicado á la sangre, es casi seguro hallarle muerto á algunos centenares de metros del sitio en que ha sido herido.

La manera de cazar el tigre es muy diferente entre los anamitas que confinan con el territorio de los stiengs. Allí, no bien se sabe que un tigre ha hecho presa en algun individuo de la localidad, todos los hombres acuden de las cercanías al son del tam-tam para ponerse á las órdenes de un cazador designado, y empieza la batida.

Como de ordinario, el tigre se echa cerca del sitio en que ha dejado los restos de la presa que ha devorado, y encontrando estos despojos, es casi seguro que el «señor» no está lejos. Este título de «señor» ó el de «abuelo» es el que se usa siempre para designar al animal, porque tiene el oído fino y se picaría si se le diese una calificación menos respetable.

Luego que se ha descubierto la guarida del tigre, todos los cazadores, que avanzaban en grupo, forman un círculo tan grande como lo permite el número de hombres presentes, los cuales guardan entre sí la suficiente distancia para no estorbarse mutuamente en sus movimientos. En seguida el jefe se asegura de que el animal no puede huir; algunos de los mas denodados penetran en el interior del círculo, y protegidos por otros individuos armados de picas cortan la maleza en torno suyo.

Acosado el tigre en todas direcciones, se refugia cobardemente entre la maleza que no ha podido cortarse. Volviendo alrededor sus sangrientas pupilas, y lamiendo sus patas con una agitación suma como para aprestarse á la lucha, lanza un espantoso aullido, y da un salto; pero las alabardas se levantan, y el animal, acribillado de heridas cae en el mismo sitio, y allí le rematan. Algunas veces sin embargo ocurren accidentes en esta especie de cacerías, y algunos hombres quedan fuera de combate; pero estando prohibidas en el país las armas de fuego, el anamita se ve obligado á recurrir á su pica, porque la necesidad le fuerza á perseguir en todas partes al «abuelo», el cual no le deja un momento de tranquilidad, fuerza los cercados y arrebata con frecuencia animales y hasta hombres, no solo en los caminos y á las puertas de las casas, sino hasta en el interior de las habitaciones.

Los stiengs son muy aficionados á la compostura, y sus aderezos predilectos son las perlas falsas de color brillante, de que hacen brazaletes. Las bugerías de vidrio y el alambre de latón son para ellos moneda corriente. Un búfalo ó un buey se evalúan en seis brazadas de alambre de latón grueso, y un cerdo es casi igualmente caro; pero por un codo de alambre ó por un collar de perlas se puede tener un faisán ó cien espigas de maíz. Los hombres no llevan generalmente mas que un brazaletes encima del codo ó en la muñeca, al paso que las mujeres se ponen los mismos adornos en los brazos y en las piernas.

Los individuos de ambos sexos tienen en el lóbulo

de las orejas un agujero que lo ensanchan anualmente introduciendo en él pedazos de hueso ó de marfil de 3 pulgadas de longitud.

La poligamia está en uso entre los stiengs, pero, esceptuando los jefes, pocos hay que sean bastante ricos para permitirse el lujo de varias mujeres.

Yo me hallaba entre los stiengs en el momento de un eclipse total de sol que creo fue visible en Europa. Los stiengs, lo mismo que los cambodgianos, pretenden que este fenómeno está causado por un ser poderoso que se traga la luna ó el sol, y para socorrer al astro en peligro, hacen esfuerzos desesperados. En la ocasión á que me refiero hubo tam-tam, gritos salvajes y flechas en el aire hasta que el sol reapareció.

Una de sus diversiones favoritas consiste en echar á volar cometas á que atan un instrumento de música bastante parecido á un arco. Durante la noche, cuando la cometa se cierne agitada por el viento, produce sonidos dulces y agradables que ellos oyen con placer.

Su memoria es escasa, y les cuesta mucho trabajo el aprender á calcular. Cuando tienen para vender un centenar de espigas de maíz, las forman de diez en diez y gastan mucho tiempo en asegurarse de que su número es exacto.

Tienen guerras frecuentes, pero jamás muy serias, á que siguen represalias entre las aldeas vecinas. Procuran sorprenderse en sus campos ó en los caminos y hacerse prisioneros. El cautivo es entonces vendido como esclavo á los laotianos y cambodgianos. Bien se puede decir que su carácter es apacible y tímido, pues á la menor señal de alarma se internan en sus bosques é hincan en las sendas dardos de bambú puntiagudos y cortados como estiletos que con mucha frecuencia atraviesan de parte á parte los pies de los que les persiguen.

Hay una diferencia muy notable entre las costumbres de los salvajes de Brelum y las de los habitantes de los lugares circunstantes, lo que se debe á la presencia de la cruz, á los bondadosos y denodados misioneros, que, reducidos á conseguir solo un pequeño número de conversiones, que es la mayor de sus pesadumbres, tienen al menos el consuelo de dulcificar las costumbres con sus buenos ejemplos y consejos, el consuelo de ilustrar la inteligencia, el consuelo, en una palabra, de civilizar á aquellas desgraciadas criaturas.

El fauno de aquel país apenas se diferencia del reino de Siam. Así es que, esceptuando algunas preciosas conchas terrestres, algunos bellos insectos, de que tengo muestras de gran novedad, y un pequeño número de pájaros interesantes, no había reportado de mi excursión mas que el placer de haber podido estudiar las costumbres de aquel pueblo curioso y contri-

buido á darlo á conocer, en el supuesto de que mis notas de viaje, cogidas, si así puede decirse, al vuelo y sin otra pretensión que la de una exactitud escrupulosa, son llamadas á ver la luz pública á mi regreso, ya sea que Dios me reserve la dicha de volver á mi patria, ya sea que cayendo víctima de las fiebres ó de un tigre hambriento, deje á alguna alma caritativa el cuidado de recoger estas hojas, borroneadas al resplandor de una antorcha, al pie de un árbol, en medio de una nube de insaciables mosquitos.

## XVI.

Regreso á Pinhalú y á Udong.—El gran lago Touli-Sap.—Encuentro de nueve elefantes.—Opresión del pueblo.—Sobre la regeneración eventual del Cambodge.

Tres meses pasé en Brelum, codiciando una localidad hospitalaria donde quiera que me arrastraba el ardor de la caza ó las exigencias del estudio. Estas últimas me impelían al Norte, desde el valle del gran río hasta la mitad del camino de Bassac, distrito metalúrgico donde excelente mineral de hierro está llamando á la industria europea. La caza me arrastraba con frecuencia hácia el Sudoeste, hácia la zona selvática que los odios de raza han puesto á cubierto de las tribus del Mekong y del imperio anamita, especie de frontera desierta que se han encargado de poblar los tigres.

Durante dichos tres meses, mis dos pobres criados estuvieron casi constantemente postrados por las calenturas. Muy feliz debo yo considerarme por haber hasta ahora tenido la suerte de conservar la salud, y no haber tenido ni aun en medio de los bosques el menor ataque de fiebre. En la estación de las lluvias la humedad y pesadez del aire son estremadas. En lo profundo de los bosques mas espesos, en que apenas penetra el sol, me hallaba como en una estufa, pues al menor ejercicio algo violento quedaba bañado en sudor. Durante setiembre y octubre caían sin interrupción dia y noche torrentes de lluvia. En julio y agosto no experimentamos mas que algunos violentos aguaceros que se reproducían cada dos ó tres dias. A principios de noviembre varió el viento, y nos trajo algunas noches frescas que hicieron bajar el termómetro á 12° centígrados. Desde el medio dia hasta las tres la temperatura variaba poco, es decir, de 30 á 33° centígrados.

El 29 me separé de mi amable compatriota y amigo M. Arnoux con gran sentimiento de ambos, y me puse en camino acompañado del padre Guilloux que tenia que terminar en Pinhalú algunos negocios. Uno y otro hubieran querido que me quedase en su compañía hasta que quedase la Cochinchina abierta y me fuese dado atravesarla. Así lo hubiera hecho si hubiese previsto que la guerra estaba próxima á su